

horizontes de la cultura

"Harauí"

como esfuerzo

por Diego Mirán

Carecemos de revistas de cultura, y el hecho es un síntoma. Nos falta, sin duda, la capacidad de trabajar en equipo, de reunirnos en torno a una idea o a un conjunto de ideas común. El mal es proverbial: toda comisión termina siendo la cruz de uno solo de sus miembros, toda organización es a la postre la obra de un individuo que asume las tareas propias y ajenas. Y los escritores, además, difícilmente queremos escribir como voceros anónimos de un grupo. Toda revista literaria o artística expresa principios compartidos por quienes la hacen y es vehículo de opiniones personales a las que unifica el común denominador de una doctrina estética, filosófica, intelectual. Pensemos en cualquier revista admirable y comprobaremos que esto es cierto.

De ahí que la aparición de una publicación periódica destinada a la literatura o al arte sea un nuevo intento de agrupar lo disperso, de ordenar cierto caos, y sea, en consecuencia, una hazaña. Ante la vista tiene el cronista el primer número de "Harauí", que editan Francisco Carrillo y Aníbal Marcazzolo. Es antipático comentar un esfuerzo —y resulta fácil adivinar cuánto demanda "Harauí" a sus editores en un medio como el nuestro— señalando, con buen ánimo, sus defectos. Pero hace falta la crítica en un ambiente donde prevalece una polarización maniquea de buenos y malos determinada por los que respectivamente nos elogian y nos juzgan objetiva, lealmente. "Harauí" recoge, en su primera página, el discurso que Saint-John Perse pronunciara ante la Academia Sueca con ocasión de la imposición del Premio Nóbel de 1960. Es un documento hermoso, traducido bellamente por un poeta, Westphalen, pero me imagino que, de no ver la fecha de la publicación, el lector desavisado puede tomar la revista como un ejemplar tres años retrasado en novedades literarias. ¿No había un texto más actual, para inaugurar las páginas de "Harauí"?

..... "Memoria de Garcilaso el Inca" se titula el excelente poema de Javier Sologuren colocado, tal vez por imperfección de armadura, como relleno y en página par (que técnicamente no corresponde a una creación valiosa y representativa de un escritor también representativo). Los poetas de una supuesta "Silent Generation" norteamericana, traducidos por Carrillo (uno de ellos, el de Henri Coulette, sencillamente extraordinario) compiten con dos borradores de Javier Heraud, que el autor mismo no habría autorizado, y con cuatro muestras de la poesía de Pablo Guevara posterior a "Retorno a la Creatura", las cuales, sin duda, corresponden a una etapa de búsqueda que se comprenderá cuando el poeta publique el gran material que guarda inédito. Una intensa página de creación de Luis Alberto Ratto se mira con tres débiles bocetos de Marcos Martos, cuya publicación no hay nada que justifique. Las notas informativas confunden noticias acerca de "El Corno Emplumado", interesante revista mexicano-norteamericana, y de "Lírica Hispana", órgano de cierta grafomanía continental sub-literaria. No se explican ciertas viñetas de caja en una diagramación que, más bien, es conservadora y formalista.

Pero se trata de la única revista de poesía y hay que alentar a quienes la dirijen e imprimen. Sobre todo —ya se ha dicho arriba— porque no son frecuentes estos esfuerzos de reunir lo disperso, de mancomunar la creación en una entrega colectiva y periódica, y porque manifiestan una positiva rebeldía contra aquella sintomática carencia de revistas culturales. "Harauí" anuncia en su primer número una voluntad que no hay que dejar que frustren el vacío o la pobreza económica. Las autoridades de la Casa de la Cultura podrían ofrecerle, cuando el presupuesto de esa entidad oficial se restaure de los alegres derroches de pasado, una ayuda concreta. Aquí lo pedimos.